



www.edicionesera.com.mx

DAVID HUERTA

Cuaderno de noviembre

Primera edición en la colección Alacena: 1976
Primera edición en Alacena Bolsillo: 2019
ISBN: 978-607-445-541-0
DR © 2019, Ediciones Era, S.A. de C.V.
Centeno 649, 08400 Ciudad de México

Oficinas editoriales:
Mérida 4, Col. Roma, 06700 Ciudad de México

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún otro medio o método sin la autorización por escrito del editor.

This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the publishers.

www.edicionesera.com.mx

www.edicionesera.com.mx

a Paloma

Hay una menuda profecía en la pared más pobre del aire,
los muchachos despiertan en otro sueño, deslizan sus manos irreales
bajo los utensilios de la costumbre,
dicen palabras enormes y amarillas, muerden los alimentos que
surgen del instante
más nutritivo y terso del otoño, en la luz “de la época”.
Cosas breves y espléndidas, frases que se alargan secretamente
en medio de fiestas cocinadas en la penumbra de no moverse,
recipientes que el sigilo sellara,
ínfimos brotes, apariciones en una superficie desconcertante:
estas “nobles realidades” conmueven al caballero esparcido
en el muelle de no moverse, en los licores de lo fijo,
fascinantes vuelos, inmóviles ruinas, momentos que bastan como
piedras para cimentar las vacaciones terribles
de un fantasma que toma el sol en nuestra boca, azaroso.

El día civil está aquí retorcido, es una cosa deliciosa de ver,
un apacible monstruo, un cartapacio lánguido.
Es oíble el pasaje de allá a ahora, incrustaciones de espejo
lo devuelven
a su túnica hueca, sus heridos aceites. Pero el día sabe más que
nosotros, es un follaje distinto,
tiene jardines nobles, primaveras escondidas en sus brazos de fieltro;
instrumentos, pastillas para la cirugía de lo que no se nombra,
escaparates de exaltación para el pecho sutil de los inquietos,
rincones de áridos cuerpos, colecciones de cabelleras evidentemente
atroces,
objetos tristes que nos derrumbarían.
El día atisba el pasaje, el ciudadano se disuelve en el traje de su

humo meditativo,
y la artesanía poca de no moverse rodea todas nuestras preguntas.
¿Qué debería suceder en la cascada de reposo? Miraremos el
encerrado círculo, la figura ceñida: no es suficiente,
es necesario que subsista la astilla, si no la casa entraría en la
cerámica de no moverse,
en sus tinturas turbias, en su verano sordo.

¿Cómo es el nictálope, cómo? Tiene cubos, aristas, cabello, sangre
de ojos en los ojos, y en el mirar
que atraviesa la selva de moverse como una avispa perforaría las
baldosas de la nariz moral.

El nictálope sabe, sufre o gime, siempre igual, en su techo de lumbre,
en su sello de tibia guitarra,
con los brazos abiertos a su sangre de espuma, con los ojos fundidos
en aquello que ve, y mientras ve tartamudea.

(Pero hay cosas que interesan a las señoras de espaldas oceánicas
y de eso se habla sólo reticularmente;
de eso se habla sólo en la espesa colisión de la madrugada
y en las congregaciones de la voz baja;
porque ahora no es la blanca sombra de lo mullido-claro
lo que nos interesa, sino el juguete de la perduración,
la risa de una piedra, las inclemencias y los destellos negros de la
palabra *no*.)

Esto es lo severo, el apretado anillo: el rigor de asfixia y quemadura
que arrastra lo perfecto,
los transcurso armónicos y el tintineo borroso del arpegio:
pero estos asuntos tienen jardín aparte, pacen vidrios quemados,
ingieren sus imágenes repletas con bonhomía y “respetuosa
distancia”,
devuelven sus transformadas y fecundas imágenes con gesto y
aplomo peligroso
de tiranosaurio discursivo: Esto no, estas imágenes
tienen su propia provisión, su boca celestial,

su estómago civil; estas imágenes
cultivan sus pastos perfectísimos en declives de luz invicta y *cegadora*.

Magra película de no moverse, apenas en el sueño
de una palabra que posee puerta de diccionario, y es la palabra
mismo.

Pero hay algo en otra voz, una palabra enemiga de ésa que no
repetiremos y que está ahí colmada
en su festejo de mercurio; contra esa palabra de léxico infinito y
lumbre de espejos ensartados,
escribiremos hoy esa otra palabra, la que se oye y provoca
la preocupación y la angustia enfermiza que todos conocemos en
el reino extendido de no moverse:

ésta es la palabra equívoca y unánime: la partícula *se*.

Hemos tocado la arcilla de esta palabra tántas veces; nadie diga
que no, porque no resonara fielmente esa palabra.

Alguien despierta de su sueño, se acerca a los pedazos de su sueño,
pero encuentra intacta y desmedida esa palabra: se despierta,
despiértase.

Después, alguien siente que a la vuelta de la esquina está la fiera
de no moverse.

Pero esta historia es difícil de contar y pronunciar como ciertas
palabras;

resonantes, llamativas, tremebundas e ilustres palabras: óbice,
iridizado, metalurgia.

Esta historia, no obstante, se esconde en una fibra de la menuda
profecía

que está ahora, sin que nadie la note, sin que ni el vaso y la sandalia
de percibir la rocen,
sobre una pared, que es la pared más pobre del aire: ahí quedó.

En la ciudad de nuestras manos una persona se ahoga, manotea,
levanta polvo, se encrespa y llora. ¿Quién es?

En los vocabularios de la letra se esconde, huye y se enferma,
convalece sin término, pero sigue huyendo,
otra persona; y las máscaras verdecen. Algo se nos oculta.
¿Pero qué es? En los renglones de una lámpara, en la corteza de
una chispa,
en las minas de oro de una micra, una persona descubre toda su
sangre fuera, toda su página de nervios
fuera, allá: en la sequía de no moverse.
¿Cómo ha ocurrido? Tántas preguntas y cómo salir de ellas, de
estas calles también,
de la nimia y sorda, inacabable ciudad Misma;
de las olvidadas disminuciones que rige la penumbra, cada rincón
de nosotros puesto en el fuego
de la apuesta, en la risa o “en la desolación”;
o quizá preguntárselo al nictálope, que se encierra ahora
en una derramada, lluviosa cabina de teléfono, hablando a quién,
diciéndoselo todo.